

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 6 de

Diciembre de 1888.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES**Puntos de Suscripcion**

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Historia.—No quiero recordar.

HISTORIA

El espiritismo enraña todas las verdades científicas y morales, caben pues en él todos los géneros de literatura.

LOS TEMPLARIOS

Cuando el ardor de las Cruzadas llevó tantos cristianos á Oriente, cuales con carácter militar, cuales con carácter peregrino, hizo sentir la necesidad de fundar asilos para recoger á entrambos, tanto para sustraerlos á las felonías de los musulmanes como para dar á los infelices desamparados casa y hogar. Ya existía en Palestina la orden de S. Juan Bautista de Jerusalem, instituida desde que los cristianos sentaron allí sus reales; pero sea que ella de por sí no bastara, sea que otros no quisiesen ser menos y si mas, que la negra honrilla es móvil de muchas buenas y malas acciones, es el caso que algunos piadosos varones determinaron fundar un establecimiento dedicado exclusivamente á la hospitalidad y á la milicia. Asociáronse jurando defender aquellas y otras tierras contra la invasion sarracena. Balduino II, rey de Jerusalem cedió parte de su real morada para este objeto. Los congregados escogieron el hábito blanco como signo de pureza; llevaban además un manto encima de la túnica y en ambas prendas una cruz roja distintivo de las armas á que se consagraban. En tiempo de guerra quitábanse el manto, revestían la armadura y sobre ella una túnica corta. Este uniforme era muy parecido al que usaron en España los caballeros de Montesa. Como su principal propósito era el de defender el templo de Jerusalem, es decir el sepulcro de Cristo, el lugar llamado santo, tomaron el nombre de *Templarios*. Hecho esto, buscaron la confirmacion del papa, la cual les fué otorgada en 1128. Cumplido este indispensable requisito, Hago, su primer fundador volvió á Europa, recorrió varios países y alcanzó cuantiosas limosnas para acrecentar su orden, logrando á su paso por Occidente instituir hospitales dependientes del de Oriente, regresando tres años despues á Palestina, en cuya época se hallaban ya tan pujantes los Templarios en España, que Alfonso el Batallador los unió con la orden de San Juan, dándoles posesiones extensísimas en Aragon y Navarra y cuenta la historia que este generoso rey queria regalarles parte de sus reinos. Bien se echa de ver que era aragonés este santo varon: no sé como no se regaló él tambien encima de sus dominios. No me extraña tampoco que al leer ésta y parecidas historias de los que al arrimo de la religion echaban oronda panza, exclamen los leguleyos de hoy dia:

¡Ah que buenos tiempos aquellos! Entonces todo se sacrificaba por la salvacion del alma, hoy ni á tres tirones se suelta un roñoso ochavo. Es verdad, hermanos, es verdad, pero en cambio tampoco rezareis tanto como quiero yo creer que rezaban aquellos benditos, porque siendo las oraciones un trabajo como cualquiera otro, no sereis tan memos que trabajéis de vobilis, vobilis y así el que se condene con su pan se lo coma, vosotros estais fuera de responsabilidad; pero volvamos al cuento ó mejor dicho á la historia, que yo no invento nada.

Los Templarios habian jurado castidad y pobreza. La primera virtud, ellos saben si la cumplieron; la segunda, el diablo que nunca duerme sopló en los oidos de la gente para que les metieran por los ojos la friolera de nueve mil fincas y tesoros cuasi fabulosos. No lo ganaron todo rezando, no; sus sudores les costó. Fieles á su divisa de combatir á los enemigos del Evangelio, su valor igualó su constancia. Buena prueba de ello fueron Tiberiades, S. Juan de Acre y hasta las mismas Baleares. Nada les arredraba. En la batalla de Tiberiades pelearon como leones siendo al fin vencidos por el gran Saladino, guerrero celeberrimo y filósofo excelente que se propuso echar á los cristianos, consiguiendo por la anterior victoria quitarles la ciudad de Jerusalem y aprisionar á su rey Gui de Lusignan; y mas pronto hubiese concluido con su empresa á no estorbárselo los caballeros del Templo que muy ufanos con sus triunfos, se ensoberbecieron y maltrataron á sus compañeros de la Orden de S. Juan, derramándose bastante sangre, consecuencia infalible de las contiendas de aquellos dichosos tiempos. El papa reinante dió la razon á los religiosos de S. Juan; pero los Templarios eran ya demasiado poderosos para hacer caso de ninguna autoridad: rebeláronse contra los obispos y contra el soberano de Armenia, que á ciencia y paciencia los aguantaba en sus estados y harto al fin de sus turbulencias, los echó del reino confiscándoles sus bienes. Por vía de consuelo sin duda, el papa Inocencio III les afeó su mal proceder reprendiéndoles severamente.

Pequeño fracaso era aquel. No contaban nuestros caballeros con el apoyo pontifical, pero en cambio grangéabanse las simpatías de los reyes. Así los vemos en España, batirse valientemente en la batalla de Ubeda derrotando á los moriscos proteger á D. Jaime I, cuando huía del ambicioso Moncada, ayudarle en la conquista de las Baleares, mientras en Oriente ganaban casi ellos sólos la memorable batalla de Alepo. En la mayor parte de los ejércitos formaban la vanguardia: su firmeza no decayó nunca, fueron el más fuerte baluarte del reino que los Cruzados habian establecido en Palestina, no lo dejaron perder sino ciudad por ciudad, cuasi palmo á palmo y vencidos por fuerzas mayores. Se retiraron entonces á Europa y su mision concluyó moralmente porque excepto nuestro país, los demás no tenian herejes que echar. No se disolvió la Orden por eso, al contrario, tales y tantas riquezas acumuló que la envidia y la maledicencia empezaron á hacer su oficio. Mucho antes de acabar de perder cuánto poseían en Oriente estos religiosos guerreros, Alfonso de Portugal los habia expulsado de sus dominios.

Continuaban siendo magníficos en Francia y en España. En Francia sostenian al rey Felipe V llamado el Hermoso á causa de su beldad, aunque por mucho que fuera no debió nunca de ser tanta como su codicia; de todo hacía dinero de tierras y de gentes propias ó extrañas; apurando todos los medios, no inventó sin embargo ninguno porque reyes codiciosos que antes y despues del ambicioso Felipe, hicieron lo mismo que él, tenemos ejemplos á montones, sin embargo hasta entonces la clase menos gravada en las cargas del Estado habia sido el clero que se daba muy buen aire para alcanzar toda suerte de derechos y sacudir cualquier clase de deber. El rey que no estaría muy convencido de la santidad de estas prerrogativas impuso contribuciones al sacerdocio por lo cual el legado del papa puso el grito en el cielo, opo-

niéndose con todas sus fuerzas á la violacion de unos derechos que en su sentir no podian por menos que de ser divinos. Felipe que no entendia hallar resistencia alguna porque fué uno de los reyes más absolutos sin andarse en rodeos, puso á la sombra al representante de la Santa Sede. Sabedor Bonifacio VIII, papa á la sazón, de semejante atrevimiento acudió al ordinario recurso de excomulgar al rey, autor de tamaña felonía; pero Felipe sin pararse en pelillos quemó públicamente la bula que contenia la excomunion y pensó en buscar el apoyo de la nacion para llevar adelante la contienda. Convocó los Estados generales, es decir una asamblea á la cual acudian representantes de la nobleza, del clero y de la burguesia. El pueblo como es consiguiente no metia baza en esos asuntos, aunque pagára mas que nadie las consecuencias de ellos, para esto no hacia falta su parecer, pues de pedírselo puede que hubiera resultado contrario. De aquella convocatoria sacó Felipe mucho dinero y quién más auxilio le prestó fueron los Templarios que habian adoptado el partido del rey contra Roma.

Entretanto el papa no se dormia en las pajas: convocó tambien su correspondiente concilio en la capital del mundo cristiano; más Felipe que se habia propuesto desbaratarle todos los planes, mandó prender los obispos franceses que se dirijian á Italia, con cuya arbitrariedad llegó á su colmo la indignacion de Bonifacio y puesta la rabia en su punto, excomulgó de nuevo á su rival, lo desposeyó de la corona y la transfirió al príncipe Alberto de Austria. Todo esto de palabra por supuesto porque nadie se meneó ni para dejar, ni para tomar aquel trono de los francos, del cual disponia el pontífice como si fuera cosa suya.

Firme Felipe en su propósito de hostigar, perseguir y apurar al padre santo, reunió por segunda vez los Estados Generales y allí se acordó citar al papa ante un concilio para juzgarle. No era de pensar que el repartidor de cetros acudiese como un cordero: así el rey nombró un procurador (de ello colegirás lector sesudo que tan honradísima gente como los procuradores existía ya en aquella época.) El delegado por el monarca llamábase Guillermo de Nogaret y en compañía de otro italiano enemigo personalísimo del pontífice tomó el camino de Roma para prenderle. No dió lugar á aguardarles Bonifacio, antes bien puso pies en polvorosa retirándose á Aguni donde le sorprendieron los emisarios de Felipe y uno de ellos tuvo la inaudita cobardía (dice la historia que no fué el procurador) de abofetear con su guantelete de hierro al atribulado papa anciano ya de ochenta años. Sacáronle sus partidarios de las garras de los enviados y fuése á morir á Roma de vergüenza y de dolor.

Sucedíole en la silla Benito XI que ocupó el sitio pocos años y que levantó el anatema de su predecesor contra Felipe el Hermoso. A su muerte quiso el rey tener un papa que fuese hechura suya; tenia ya sus miras sobre los Templarios; las cuantiosas riquezas de esta milicia, parte de las cuales habia visto por sus propios ojos, un dia que perseguido por un motin popular se habia refugiado en la casa que la Orden tenia en Paris, le traian á mal traer. Pensaba que el tal peculio mejor aprovechado estaría en su real persona que en esos guerreros que no guerreaban ya. Olvidando pues los muchos y buenos servicios que de ellos habia recibido (de estos reyes olvidadizos está la historia llena) pensó sacárselos de delante, único medio para poder apropiarse los caudales que envidiaba. Para conseguir este fin era preciso auxiliarse con una influencia poderosa, que nadie se atreviera á contrarrestar; nadie mejor que un papa para el caso. Felipe acudió al arzobispo de Burdeos y aunque algunos historiadores desmienten que se formase pacto ninguno entre los dos, comprometiéndose el rey á dar la tiara al arzobispo y el arzobispo una vez papa á desembarazarle de los Templarios, lo cierto es que los franceses triunfaron en el Sacro Colegio y el arzobispo que subió al sólio con el nombre de Clemente V se mostró agradecidísimo há-

cia Felipe trasladando primero la Santa Sede á Aviñon y sacrificando luego los Templarios, destinados tiempo hacia al sacrificio.

Empezó el papa por hacer comparecer ante su presencia al gran maestro de la Orden, Santiago Molay. Presentóse con sesenta compañeros y acusóles Clemente V de las más horribles blasfemias; dijo haberseles averiguado que escupian en la cruz, que renunciaban á Cristo, que mascaban la ostia etc., etc. Como se vé las acusaciones pesaban sobre meras fórmulas; así y todos los caballeros del Templo protestaron enérgicamente y cuando el pontífice anunció la determinacion de suprimir la Orden fué combatido con denuedo por su representante Santiago Molay, el cual se volvió á Paris lleno de recelos para lo presente y de temores para lo porvenir. No se engañaba, pero el rey para prevenir las acciones que de estos recelos y temores podian resultar, lo atrajo con la más pérfida astucia, disipó sus dudas quitándole con tan amistosas demostraciones todo poder de accion. Sosegado pues y apaciguado el gran maestro, mandó el monarca prender de repente á todos los Templarios de Francia y el primero á su gefe, habiendo sido presos muy poco después todos los de diferentes puntos de Europa.

Para juzgarles ó mejor aun para condenarles, pues que como hemos dicho la codicia del monarca los habia sentenciado á muerte desde bastantes años ya, convocóse un concilio general en Viena, ciudad del Delfinado al este de Francia. Asistieron á él Clemente V, Felipe el Hermoso, sus tres hijos, su hermano, Luis rey de Navarra, Eduardo II de Inglaterra, y Jaime de Aragon. El tribunal era formidable y aterrador, probablemente cada uno de sus miembros pensaba redondearse con los despojos de aquellos guerreros religiosos á quienes se acusó como la vez primera de apóstatas de hereges y de prácticas abominables, Imputóseles ademas, su soberbia; su desapiadada conducta para con los pobres, su dureza para con todos. Asegúrase que éstas últimas acusaciones eran muy ciertas, aunque tambien hubiese podido cargar con ellas quien las hacia. Ni la nobleza, ni el clero fueron nunca generosos. En especial los que á la sombra de la religion vivieron, mostráronse siempre codiciosos de bienes ajenos y avaros de los propios. De todos tomaron y á nadie dieron; que los Templarios hubiesen seguido este ejemplo no debía causar estrañeza; pero en aquellos momentos todo el mundo se escandalizó ó hizo como que se escandalizaba. Cincuenta y seis caballeros fueron quemados á fuego lento (¡oh los buenos tiempos!) á otros se les aplicó el tormento: unos se negaron á confesar cosa alguna, otros menos valientes para resistir dolores tan horrosos se acusaron de heréticos, de blasfemos y de todo cuanto se les quiso hacer declarar. Molay sostuvo siempre que ellos eran ortodoxos y que solo el exceso de crueldad habia arrancado á sus compañeros confesiones tan contrarias á la verdad. No se curó el papa de estos razonamientos y fundándose en las declaraciones prestadas por aquellos infelices, decretó la extincion de la Orden de los Templarios. Muchos habian perecido ya por el hierro y por el fuego sin embargo no se atrevió Clemente V á hacer morir á sus principales gefes. Menos escrupuloso el rey y no parándose en pelillos, condenó él mismo sin mas fórmulas de proceso y bajo su propia responsabilidad al gran maestro y á sus compañeros en el mando. Quemáronlos vivos en Paris en el sitio donde actualmente se encuentra la estatua ecuestre de Enrique IV. Hasta el último suspiro proclamó Molay su inocencia y envuelto ya su cuerpo por las llamas tomó á Dios por testigo y vengador de la injusticia que en él y los suyos se cometia. Esto aconteció el 18 de Marzo de 1314. Cuarenta dias despues murió el papa y el rey en noviembre del mismo año; de modo que poco cumplido tuvo el gozo de engrosar sus arcas con los caudales de la estinguida milicia, cuyos bienes se habian repartido á los caballeros de S. Juan de Jerusalem y á otras órdenes monásticas. En España guardáronse para pelear contra los

moros y en Francia la mayor parte tocó al ambiciosísimo Felipe que no disfrutó de tales provechos. El pueblo siempre supersticioso creyó ver en las dos repentinas muertes el dedo de Dios y dijo que los Templarios lo habían profetizado y que eran inocentes.

Así concluyó esta Orden religiosa y caballeresca que había durado 184 años cuyas inclitas hazañas y lastimoso fin han dado margen a muy diferentes juicios por parte de los historiadores: quien los ensalza, quien los deprime. Ambas cosas merecieron.

El relato breve pero fidelísimo que acabamos de hacer basta para dar á conocer á los lectores, cuales fueron los vicios y las virtudes de estos caballeros. Cierto que apesar de sus votos de pobreza y de castidad no fueron de la pasta de los santos, pero ¿que orden religiosa lo fué nunca? Léase la historia de los frailes y sus conventos, de los jesuitas y sus enseñanzas y se verá que la religion no ha sido más que una capa encubridora de escandalos mayúsculos. No es que con estas comparaciones pretendamos rehabilitar la memoria de los olvidados Templarios; no fueron nada buenos, pero si menos malos que otras muchas órdenes que han tenido la suerte de continuar casi hasta nuestros días. En sus tiempos fueron útiles, utilísimos mas que otros que solo á rezar y á mendigar se dedicaban. Ahora que miramos las cosas á través de otro mas limpio prisma que nuestros antecesores, parécenos asunto de poca monta que los cristianos dominen un palmo de terreno mas ó menos; pero en aquellas épocas en que no existían medios de comunicacion, solo por la guerra, solo por la conquista llegaban los pueblos á ponerse en contacto y á copiar sus mútuos adelantos. Como en la Edad Moderna han influido sobre manera los viajes de Europa á América y de América á Europa así influyeron las cruzadas en la Edad Media en política, en industria, comercio, artes, ciencias, etc. Hasta la mujer ganó algo en este vaiven de ideas.

No es este lugar oportuno para apuntar los resultados de las cruzadas, no es este nuestro objeto, ademas de que nadie apenas los ignora; mas justo, justísimo será consignar que sin los Templarios no hubiesen hecho los cristianos tantas idas y venidas, ni hubieran permanecido tantos años en aquellas comarcas de sagrado recuerdo. Los caballeros del Templo no fueron pues zánganos inútiles como lo han sido y lo son otros tantos en la colmena del mundo. Cabe el consuelo de que estos desaparecerán como aquellos porque como dijo Cristo, todo árbol que no produzca fruto será arrancado de raíz y echado al fuego. El espiritismo nos muestra que estas predicaciones se van cumpliendo: para cerciorarnos de esta asercion no hay sino estudiar la historia; sus páginas nos enseñarán claramente que todo lo que no tiene razon de ser, muere tarde ó temprano á impulsos de la ley divina del progreso que nada ni nadie puede detener y que pueblos é instituciones mejoran incesantemente bajo la Providencia de Dios que quiere que nos amemos, cual Cristo su hijo nos enseñó.

MATILDE RAS.

NO QUIERO RECORDAR

Húndase en el abismo del olvido
 La noche de un pasado de dolor;
 ¡Duerma en paz lo que fué! de lo que ha sido
 No quiero ni una sombra en mi redor.
 ¡Nada que me recuerde de otra vida
 Sus horas engañosas de placer!.....
 ¡Nada que me recuerde mi caída
 En la profunda sima de mi ayer!
 ¡El ayer de mi espíritu!..... No quiero
 Ni un segundo sus hechos recordar;
 Por mi presente mi pasado infiero
 Que fué una vida de continuo azar.

La mujer es mujer, cuando á sus hijos
En sus brazos estrecha con placer.
La mujer es mujer, cuando de un nombre
Guarda la noble herencia del honor;
Cuando enlazada por amor á un hombre
La bendice en sus hijos el Señor.

¡Ser mujer..... y vivir sin ese anhelo
Que produce la vida del hogar,
Es estar desterrada de su cielo,
Ser ídolo arrojado de su altar!

Y así he vivido yo: mi entendimiento
Me hace ver de mi sexo la misión;
¡Lleva un mundo de luz mi pensamiento
Y un mundo de dolor mi corazón!
Y sufro mi condena convencida
Que estoy pagando deudas de mi ayer;
Que en la pasada noche de mi vida
No hice más que correr..... siempre correr

En pos de los impuros devaneos
Que brindan todo un mundo de ilusión;
Más la insaciable sed de los deseos
Se sacia con las horas de expiación.

Con esa soledad que hiela el alma,
Con ese abatimiento, ese sufrir
Oculto á veces tras fingida calma:
¡Ay! del que llora y quiere sonreír!.....

Para ese son las horas de agonía
Que no tienen lamentos ni estertor;
Para ese nunca luce un nuevo día
Por que vive en la noche del dolor.

En esa triste noche yo he vivido
Hasta que dije: Quiero progresar;
¡Húndase mi pasado en el olvido!
¡No quiero mis locuras recordar!

La sombra que aun envuelve mi existencia
Yo con mi voluntad disiparé;
Tengo la certidumbre y la evidencia,
Que si quiero ser grande..... ¡lo seré!

Pero para luchar con ardimiento
Para rehabilitarme, no he de ver
Nada que me recuerde mi tormento;
Quiero olvidar y luego renacer.

¡Ancho campo mi espíritu ambiciona!
¡Necesito luchar, quiero vivir
Para decir que todo se eslabona
El presente, el ayer y el porvenir!

Quiero amar al que llora y al que gime,
Quiero tener familia fraternal,
Que con amor el alma se redime
Y yo quiero el amor universal.

Pero lejos, muy lejos los halagos
Que pudiera brindarme una ilusión;
¡Atrás fantasmas de placeres vagos!.....
¡Duerma en profundo sueño el corazón!

Que duerma si, que nunca se despierte;
¿Para que en mi infortunio despertar?
Mi cuerpo ha de esperar solo la muerte
Que sus átomos venga á disgregar.

Y cuando disgregada mi envoltura
Mi espíritu murmure: «Ya cumplí,
«Ya he bebido la hiel de la amargura
Y hasta el calvario del dolor subí.»

«Ya he pagado con siglos de agonía
Mi locura, mi torpe ingratitud,

Y para mi renace un nuevo día
Terminando mi horrible esclavitud.»

«Ahora puedo mirar á mi pasado
Sin miedo ni temor de sucumbir;
Mis cuentas atrasadas he saldado,
Y progreso me brinda el porvenir.»

«¡Son míos los luminares del espacio!
Ya puedo recorrer la inmensidad;
Y desde la cabaña hasta el palacio
Difundiré la luz de la verdad!»

Pero antes que esto llegue, no, no quiero
Recordar ni un segundo lo que fui;
¡Duerma en paz lo que fué... lo venidero
En alas del progreso llegue á mí.

Y ya que soy mujer y no he tenido
El Santuario divino del hogar,
Venga á mi el humillado, el oprimido
El que gime, con él quiero llorar.

Venga á mi el que lamente desengaños
Yo escuchare su lánguido clamor;
Que el que ha vivido solo muchos años
Medir sabe el abismo del dolor.

Si por mis desaciertos me han negado
La familia que un día abandoné,
Con llanto voy lavando mi pasado
Y una familia nueva me crearé

Con aquellos que sufren y que lloran
Lamentando su angustia y su aflicción
Y al Supremo Hacedor clemencia imploran:
Con ellos hallaré mi redención.

Los humildes, los pobres, los caídos
Mañana formarán mi triste hogar;
Y esa nueva legión de arrepentidos
Me ayudará en mi anhelo á progresar.

¡Progresar!.... ¡sueño hermoso de mi vida!
¡Tú eres mi única fé! ¡mi única luz!
¿Qué me importa mi ayer y mi caída?
¿Qué el peso enorme de mi horrible cruz?

¡Si vivire mañana, si en mi mente
Jamás el pensamiento ha de morir,
Si puedo progresar eternamente
Y ser un Redentor del porvenir!

¡Bendita sea la vida que me alienta!
Segura de vencer quiero luchar;
Pero.... sin ver la sombra de mi afrenta,
¡No quiero mi pasado recordar!

¡Atrás fantasmas de pasados días!
¡Huid recuerdos del perdido ayer
Con vuestras engañosas alegrías
Y vuestras bréves horas de placer!

¡Dormid en paz!.... mi espíritu esforzado
Acepta resignado su expiación;
Si es mi culpa la noche del pasado
Está en el porvenir mi redención!

¡Redención con afanes y desvelos!
¡Sentimiento, pureza, libertad!
Luminares eternos de los cielos
Inundando de luz la inmensidad!....

Esa vida infinita es la que espero;
En mi eterno progreso tengo fé:
Si querer es poder, ser grande quiero
Y tras siglos y siglos.... ¡lo seré!

Amalia Domingo Soler